**Entendiendo el sacrificio de Cristo (Mateo 26:69-27-55)**

**Descripción de sus sufrimientos y su actitud:**

**I. Traicionado por sus amigos:** nosotros lo llamamos negación pues Pedro lo negó, pero es en esencia traición.

69Mientras tanto, Pedro estaba sentado afuera, en el patio, y una criada se le acercó.

—Tú también estabas con Jesús de Galilea—le dijo.

70Pero él lo negó delante de todos, diciendo:

—No sé de qué estás hablando.

71Luego salió a la puerta, donde otra criada lo vio y dijo a los que estaban allí:

—Éste estaba con Jesús de Nazaret.

72Él lo volvió a negar, jurándoles:

—¡A ese hombre ni lo conozco!

73Poco después se acercaron a Pedro los que estaban allí y le dijeron:

—Seguro que eres uno de ellos; se te nota por tu acento.

74Y comenzó a echarse maldiciones, y les juró:

—¡A ese hombre ni lo conozco!

En ese instante cantó un gallo. 75Entonces Pedro se acordó de lo que Jesús había dicho: «Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y saliendo de allí, lloró amargamente.

La razón de su traición fue el temor a lo que le podía pasar. Si se identificaba con Cristo posiblemente correría la misma suerte. El temor lo hizo pretender que no le conocía.

**II. Despreciado por su propios lideres**

**27**Muy de mañana, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron la decisión de condenar a muerte a Jesús. 2Lo ataron, se lo llevaron y se lo entregaron a Pilato, el gobernador.

3Cuando Judas, el que lo había traicionado, vio que habían condenado a Jesús, sintió remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos.

4—He pecado—les dijo—porque he entregado sangre inocente.

—¿Y eso a nosotros qué nos importa?—respondieron—. ¡Allá tú!

5Entonces Judas arrojó el dinero en el santuario y salió de allí. Luego fue y se ahorcó.

6Los jefes de los sacerdotes recogieron las monedas y dijeron: «La ley no permite echar esto al tesoro, porque es precio de sangre.» 7Así que resolvieron comprar con ese dinero un terreno conocido como Campo del Alfarero, para sepultar allí a los extranjeros. 8Por eso se le ha llamado Campo de Sangre hasta el día de hoy. 9Así se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que el pueblo de Israel le había fijado, 10y con ellas compraron el campo del alfarero, como me ordenó el Señor.»

Los sacerdotes y los ancianos o sea los lideres del pueblo decidieron condenarlo. Ni siquiera fueron los romanos sino su propio pueblo. La ley romana no le permitían a los judíos quitarle la vida a nadie por eso lo entregaron a manos del gobernador para que el si lo ejecutara. La descripción de Judas “fue he entregado sangre inocente”. El reconoció que nada había hecho Jesús sino el bien. La respuesta de ellos fue ¿qué nos importa? Siendo los lideres religiosos y políticos del pueblo deberían haber buscado justicia sin embargo no les importo si era inocente o no. Querían borrarlo del mapa, El estorbaba a su conciencia y podrido corazón.

**III. Como cordero no se defendió**

11Mientras tanto, Jesús compareció ante el gobernador, y éste le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

—Tú lo dices—respondió Jesús.

12Al ser acusado por los jefes de los sacerdotes y por los ancianos, Jesús no contestó nada.

13—¿No oyes lo que declaran contra ti?—le dijo Pilato.

14Pero Jesús no respondió ni a una sola acusación, por lo que el gobernador se llenó de asombro.

**IV. Rechazado por su propia nación**

15Ahora bien, durante la fiesta el gobernador acostumbraba soltar un preso que la gente escogiera. 16Tenían un preso famoso llamado Barrabás. 17–18Así que cuando se reunió la multitud, Pilato, que sabía que le habían entregado a Jesús por envidia, les preguntó:

—¿A quién quieren que les suelte: a Barrabás o a Jesús, al que llaman Cristo?

19Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió el siguiente recado: «No te metas con ese justo, pues por causa de él, hoy he sufrido mucho en un sueño.»

20Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud a que le pidiera a Pilato soltar a Barrabás y ejecutar a Jesús.

21—¿A cuál de los dos quieren que les suelte?—preguntó el gobernador.

—A Barrabás.

22—¿Y qué voy a hacer con Jesús, al que llaman Cristo?

—¡Crucifícalo!—respondieron todos.

23—¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?

Pero ellos gritaban aún más fuerte:

—¡Crucifícalo!

24Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que más bien se estaba formando un tumulto, pidió agua y se lavó las manos delante de la gente.

—Soy inocente de la sangre de este hombre—dijo—. ¡Allá ustedes!

25—¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!—contestó todo el pueblo.

Sin excusa a la pregunta de Pilato, el gobernador, sin respuesta a ¿qué crimen ha cometido?. Una vez su inocencia resaltaba pues ante los ojos del mismo gobernador no era culpable de nada, su propia esposa lo llama justo. Que irónico el justo tratado y condenado como criminal. ¿Por qué? Que los motivó a expresar tanto desprecio? Su propio pecado, no querían reconocer su pecado, no querían arrepentirse, no lo querían reconocer como el único Salvador de ellos, como el hijo único y verdadero de Dios.

**V. Maltratado y humillado**

26Entonces les soltó a Barrabás; pero a Jesús lo mandó azotar, y lo entregó para que lo crucificaran.

27Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al palacio y reunieron a toda la tropa alrededor de él. 28Le quitaron la ropa y le pusieron un manto de color escarlata. 29Luego trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y en la mano derecha le pusieron una caña. Arrodillándose delante de él, se burlaban diciendo:

—¡Salve, rey de los judíos!

30Y le escupían, y con la caña le golpeaban la cabeza. 31Después de burlarse de él, le quitaron el manto, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo.

**VI. Traspasado en una cruz**

32Al salir encontraron a un hombre de Cirene que se llamaba Simón, y lo obligaron a llevar la cruz. 33Llegaron a un lugar llamado Gólgota (que significa «Lugar de la Calavera»). 34Allí le dieron a Jesús vino mezclado con hiel; pero después de probarlo, se negó a beberlo. 35Lo crucificaron y repartieron su ropa echando suertes. 36Y se sentaron a vigilarlo. 37Encima de su cabeza pusieron por escrito la causa de su condena: «*Éste es Jesús, el Rey de los judíos*.» 38Con él crucificaron a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. 39Los que pasaban meneaban la cabeza y blasfemaban contra él:

40—Tú, que destruyes el templo y en tres días lo reconstruyes, ¡sálvate a ti mismo! ¡Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz!

41De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes, junto con los maestros de la ley y los ancianos.

42—Salvó a otros—decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Y es el Rey de Israel! Que baje ahora de la cruz, y así creeremos en él. 43Él confía en Dios; pues que lo libre Dios ahora, si de veras lo quiere. ¿Acaso no dijo: “Yo soy el Hijo de Dios”?

44Así también lo insultaban los bandidos que estaban crucificados con él.

**Muerte de Jesús**

27:45–56—Mr 15:31–41; Lc 23:44–49

45Desde el mediodía y hasta la media tarde toda la tierra quedó en oscuridad. 46Como a las tres de la tarde, Jesús gritó con fuerza:

—*Elí, Elí,* ¿*lama sabactani*? (que significa: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”).

47Cuando lo oyeron, algunos de los que estaban allí dijeron:

—Está llamando a Elías.

48Al instante uno de ellos corrió en busca de una esponja. La empapó en vinagre, la puso en una caña y se la ofreció a Jesús para que bebiera. 49Los demás decían:

—Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.

50Entonces Jesús volvió a gritar con fuerza, y entregó su espíritu.

51En ese momento la cortina del santuario del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló y se partieron las rocas. 52Se abrieron los sepulcros, y muchos santos que habían muerto resucitaron. 53Salieron de los sepulcros y, después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.

54Cuando el centurión y los que con él estaban custodiando a Jesús vieron el terremoto y todo lo que había sucedido, quedaron aterrados y exclamaron:

—¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!

55Estaban allí, mirando de lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle. 56Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Por qué murió Cristo? Por qué ofreció su vida? Por qué se dejó sacrificar? Isaías 53 ya había dado la respuesta aun antes que Cristo naciera. Por nuestras rebeliones, por nuestros pecados, por nuestra salvación.

**El método**

La crucifixión era de origen oriental. Los persas la practicaban, y aparentemente Alejandro el Grande la aprendió de ellos. Fenicia, famosa por sus prácticas bárbaras, con frecuencia usaba la crucifixión. Parece que Roma la adoptó de Cartago y la perfeccionó como medio de llevar a cabo la pena capital. Roma la empleó hasta tal punto, que es más de lo que uno se pudiera imaginar.

Después de ser sentenciado, el condenado era azotado con un látigo de cuero cargado con fragmentos metal o hueso. Entonces le exigían que llevara la viga transversal sobre los hombros hasta el sitio en que iba a ser ejecutado. Esta viga medía aproximadamente dos metros de longitud y pesaba unos catorce kilogramos. Era fijada al poste vertical, que ya estaba colocado en el lugar de la ejecución. Clavos de siete pulgadas de largo con cabeza (para impedir que el cuerpo se zafara) se metían por las manos y los pies de la víctima. Algunas veces también se usaban sogas para mantener el cuerpo en la cruz.

Los romanos habían aprendido a empujar los pies hacia arriba cuando los clavaban a la cruz para que la víctima pudiese apoyarse en el clavo y llevar su cuerpo hacia arriba momentáneamente para respirar con más facilidad. La muerte rara vez llegaba en menos de treinta y seis horas, aunque la mayoría de las personas padecían por dos o tres días antes de morir. Sed insaciable, dolor debido a la flagelación, calambres, mareos, vergüenza pública, y el horror de saber lo que les esperaba antes de ser librados por la muerte, todo esto se combinaba para hacer de la crucifixión una manera horrible de morir.

Esto es lo que los hombres le hicieron al Señor. Y Dios puso sobre El la iniquidad de todos nosotros. El murió para pagar la penalidad del pecado, y El murió por usted y por mí.

**¿Por qué murió Cristo?**

Unos mil años antes que Cristo naciera y muriera Isaías ya lo había escrito y descrito. El nos ayuda a contestar esta pregunta. Por que murió Cristo?

Veamos Isaías 53

**53**¿Quién ha creído a nuestro mensaje

y a quién se le ha revelado el poder del Señor?

2Creció en su presencia como vástago tierno,

como raíz de tierra seca.

No había en él belleza ni majestad alguna;

su aspecto no era atractivo

y nada en su apariencia lo hacía deseable.

3Despreciado y rechazado por los hombres,

varón de dolores, hecho para el sufrimiento.

Todos evitaban mirarlo;

fue despreciado, y no lo estimamos.

4Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades

y soportó nuestros dolores,

pero nosotros lo consideramos herido,

golpeado por Dios, y humillado.

5Él fue traspasado por nuestras rebeliones,

y molido por nuestras iniquidades;

sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,

y gracias a sus heridas fuimos sanados.

6Todos andábamos perdidos, como ovejas;

cada uno seguía su propio camino,

pero el Señor hizo recaer sobre él

la iniquidad de todos nosotros.

7Maltratado y humillado,

ni siquiera abrió su boca;

como cordero, fue llevado al matadero;

como oveja, enmudeció ante su trasquilador;

y ni siquiera abrió su boca.

8Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte;

nadie se preocupó de su descendencia.

Fue arrancado de la tierra de los vivientes,

y golpeado por la transgresión de mi pueblo.

9Se le asignó un sepulcro con los malvados,

y murió entre los malhechores,

aunque nunca cometió violencia alguna,

ni hubo engaño en su boca.

10Pero el Señor quiso quebrantarlo y hacerlo sufrir,

y como él ofreció su vida en expiación,

verá su descendencia y prolongará sus días,

y llevará a cabo la voluntad del Señor.

11Después de su sufrimiento,

verá la luz y quedará satisfecho;

por su conocimiento

mi siervo justo justificará a muchos,

y cargará con las iniquidades de ellos.

12Por lo tanto, le daré un puesto entre los grandes,

y repartirá el botín con los fuertes,

porque derramó su vida hasta la muerte,

y fue contado entre los transgresores.

Cargó con el pecado de muchos,

e intercedió por los pecadores.

**Por usted y por mi.**

**Conclusión:**

**Recíbale en su corazón:** Si el murió en su lugar ya le dio una entrada en su corazón o solo se asombra de oír lo que hizo por usted y no responde a su llamado de arrepentimiento? Es ese sacrificio de Cristo una realidad en su vida o solo es un dato histórico y emocional. Si El murió para salvarle, ya le salvo a usted de la condenación eterna. Ha puesto su fe en El y le ha pedido perdón de sus pecados y le ha invitado a que entre en su corazón. Sino lo ha hecho este sacrificio será el mismo que lo condene en el día del juicio pues no hay excusa para no recibir a Cristo en su corazón.

No veamos a Cristo como el último recurso al cual acudir para nuestras necesidades, sino como el único que nos amó de tal manera de ofrecer su vida por la nuestra, como la única manera de ser salvos.

**Sea agradecido:** Vivamos una vida de agradecimiento por haber dado su vida por la nuestra cuando no estaba obligado a hacerlo.

**Viva digno de este sacrificio:** Como podemos ver el pecado como algo ligero si causó la muerte de mi Señor. De eso nos limpio con su sangre preciosa como podemos vivir en el pecado como si fuera cosa sin importancia. Eso significa que estamos viendo la sangre de Cristo como algo sin valor y sin importancia. La estamos pisoteando y menospreciando como los mismos que lo mataron y se burlaron de El. Tenemos que buscar la santidad.

**Viva alegre:** Nadie puede robarle la salvación que Cristo ofrece. No importa el problema que usted esté pasando, o en la situación que esté si El lo llama hoy a su presencia usted nunca más tendrá sufrimientos, ni angustias, ni lagrimas, ni dolor pues Cristo ya pagó para que usted goce del cielo por la eternidad.